

Shakespeare y su mercader. Por una posibilidad de aventura y deseo en Venecia.

Ulises Rubinschik.

Cita:

Ulises Rubinschik (2019). *Shakespeare y su mercader. Por una posibilidad de aventura y deseo en Venecia. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/576>

XIII JORNADAS DE SOCIOLOGÍA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Shakespeare y su mercader. Por una posibilidad de aventura y deseo en Venecia.

Ulises Rubinschik

Eje 6: Cultura, Significación, Comunicación, Identidades

Mesa 97: Sociología del arte, la literatura y la moda

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

ulisesrubinschik@gmail.com

El presente trabajo se propone hacer un análisis crítico de El mercader de Venecia, de William Shakespeare, a la luz del desarrollo teórico de Georg Simmel sobre la economía monetaria, en su Filosofía del dinero. Son tres los siglos, aproximadamente, los que separan las épocas de producción de Simmel y Shakespeare, pero el primero da cuenta de la posibilidad de analizar dichas épocas con ciertas continuidades, en lo que atañe a las formas de vida del sujeto. Es decir, si bien la obra de Shakespeare está escrita hacia fines del siglo XVI, donde no puede considerarse una “economía monetaria” como la conoció Simmel, y menos como la conocemos en la actualidad, había suficiente desarrollo de la misma como para poder hablar de un capitalismo moderno y, por lo tanto, se puede tratar con las categorías simmelianas. Asimismo, se intentará anudar este desarrollo con la dicotomía homogeneidad/heterogeneidad social, categorías seculares de lo profano/sagrado, propuestas por Georges Bataille y, también, con las formas de ser y estar en lo social que describe Gilles Deleuze, en tanto posibilidad de romper con esa homogeneidad a la que alude Bataille, con el deseo mediando como potencia.

Palabras clave: Economía monetaria, individuo, modernidad, Shakespeare, Simmel

Shakespeare y su mercader. Por una posibilidad de aventura y deseo en Venecia.

*El placer que experimentó en un principio
de disponer impunemente de lo que no le pertenecía,
se evaporó pronto.*

Roberto Arlt

El presente trabajo se propone analizar *El mercader de Venecia*, de William Shakespeare, a la luz del desarrollo teórico hecho por Georg Simmel sobre la economía monetaria y la aventura. Además, se intentará incorporar las nociones de homogeneidad y heterogeneidad social trabajadas por Georges Bataille y los aportes de Gilles Deleuze en cuanto a lo social molecular donde el deseo es lo que media.

Son tres, aproximadamente, los siglos que separan la época de producción de estos tres autores y la de Shakespeare. Pero el sociólogo alemán da cuenta de la posibilidad de analizar dichas épocas con ciertas continuidades: “Todavía en siglo XVI y en un lugar de tanto movimiento monetario como Amberes, resultaba casi imposible conseguir una cantidad considerable de dinero si no era en las ferias regulares de intercambio; la extensión de esta posibilidad en cada momento en que el individuo necesita dinero muestra la transición hacia el desarrollo completo de la economía monetaria”.¹

Es decir, si bien la obra de Shakespeare está escrita hacia fines del siglo XVI, donde no puede considerarse una “economía monetaria” como la conocieron Simmel (1858-1918), Bataille (1897-1962) y Deleuze (1925-1995), y menos como la conocemos hoy, había suficiente desarrollo de la misma como para poder hablar de un capitalismo moderno y, por lo tanto, para poder trabajar el texto shakespeariano con las categorías de estos pensadores.

Entre la aventura y la avaricia

Antonio es el que otorga a la obra el título. Es un mercader que se entrega a la aventura de jugarse su fortuna en el océano, con varios barcos, en la búsqueda de agrandar sus arcas. A pesar de tener esa profesión, no parece que su vida esté entregada a la “objetividad absoluta que se da en las cosas del dinero”.² De hecho, la obra inicia con Antonio en una calle veneciana diciendo “no sé por qué me siento triste”, y unos momentos más tarde afirmando (en una charla con sus amigos Salarino y Solanio) “No, creedme. (...) no estoy triste por mis mercaderías”.³

¹ Simmel, G. *Filosofía del dinero*. Madrid: Capitán Swing. 2013. p. 587.

² Simmel, *op. Cit.* p. 518

³ Shakespeare, W. *El mercader de Venecia*. Buenos Aires: Losada. 2005

En esta primera escena de la obra, Basanio, gran amigo de Antonio, le pide auxilio económico para poder saldar sus deudas y, sobre todo, para poder dirigirse a Belmonte a conquistar a Porcia, mujer de la que está enamorado. Antonio le responde que su fortuna está en el mar, pero que si consigue que le den (a él, Antonio) dinero a crédito, le presta todo lo que sea necesario para que vaya a Belmonte.

Es interesante ver cómo el dinero es protagónico en esta primera escena. Sin embargo, cabe destacar que nunca trasciende su carácter de medio. Es más, tanto Antonio como Basanio, muestran que están muy imbuidos de sentimientos, de humanidad. Uno dice estar sumido en una profunda tristeza, que no tiene que ver con su trabajo. El otro se declara muy enamorado, y solo habla del dinero como medio para poder acceder a Porcia: “¡Ah, mi querido Antonio, si tuviera los medios para ocupar entre ellos [los otros pretendientes de Porcia] un lugar de rival, mi mente me presagia ganancias tan inmensas que sin duda estaría conmigo la fortuna!”⁴.

Es paradójico porque se muestra apasionado, con respecto a su amigo y con respecto a la mujer que anhela, y en relación con ella pretende los *medios* pero, a la vez, su declamación está muy permeada por el léxico de la economía monetaria: “ganancias”, “fortuna”. Más allá de esto último, se puede afirmar que estos personajes intentan escapar, en sus modos de actuar y expresarse, de la impersonalidad y el cálculo que implica la vida del dinero.

Para Simmel, el entendimiento predomina por sobre el sentimiento en la modernidad, y esto está muy relacionado con la vida monetaria, con la complejidad de los medios, que es cada vez más creciente. Lo sentimental se ve desplazado y hay una falta de carácter, de “color”, en las relaciones sociales. Sin embargo, este grupo de amigos parece contradecir, con sus modos, a las formas de vida que describe el sociólogo alemán. Ambos ponen mucho énfasis en sus sentimientos. Si no, sería impensable que Antonio arriesgara toda su fortuna (que, encima, está siendo “jugada” en el mar) a favor de su amigo.

Si bien la profesión de Antonio está muy relacionada con el dinero, no puede afirmarse que la falta de color sea la característica de los contenidos profesionales de este mercader. Por el contrario, hay en su forma de ejercerla algo más relacionado con la aventura simmeliana. Como si el viaje de sus barcos en busca de fortuna, tan dependiente de los azares del océano, fuera “un enclave del contexto de la vida, algo arrancado de éste, cuyo principio y final carecen de vinculación con la corriente en alguna medida homogénea de la existencia”⁵ para el propio Antonio.

⁴ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 55.

⁵ Simmel, G. “La aventura”, en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Península. 1988. p 32

En la tercera escena, Basanio hace caso a su amigo y va una plaza de Venecia a ver si puede conseguirle crédito. El prestamista es el “judío Shylock”.

El traductor de *El mercader de Venecia* apunta, en una nota al pie⁶ que el apellido del judío Shylock, “shy lock”, remite a “cerrojo renuente”. Es interesante observar el juego de palabras en inglés para adentrarse en el personaje del judío usurero. Su única preocupación es el dinero. Luego de que este arregla con Basanio el préstamo de tres mil ducados (moneda de la época) y a tres meses, entra Antonio a escena. Shylock, que es fervientemente practicante, habla mal de Antonio por ser cristiano, pero, fundamentalmente (y él lo aclara), por su *modus operandi* en la profesión: “Pero mucho más porque con ingenuo candor presta dinero gratis y así hace que decaigan las tasas de interés que usamos en Venecia (...)”.⁷

Con esto puede verse cómo la personalidad de Shylock está totalmente permeada por lo monetario. Es decir, su odio más acérrimo hacia el personaje de Antonio no se guía por un sentimiento auténticamente subjetivo (como sería si sólo hiciera alusión al credo), sino por su manera de actuar en relación con el dinero.

Shylock, entre extrañado e indignado, le consulta a Antonio si este no da préstamos con interés. Antonio responde que jamás hace uso de eso. Otra muestra de cómo el mercader se separa con sus formas de actuar y sentir de los caracteres simmelianos de la economía monetaria. También el traductor acota, en otra nota al pie⁸ que “una crítica habitual a la usura era que sus beneficios no requerían trabajo ni corrían riesgos como, por ejemplo, las ‘aventuras’ marítimas de Antonio”. Esta perspectiva también abona la hipótesis de que el mercader atraviesa mediante su profesión la forma de aventura simmeliana.

Tal es la entrega que tiene Shylock con respecto a los modos de la economía monetaria, que pone al propio cuerpo del acreedor como parte del acuerdo, de la “obligación”. Esto es:

En caso de que no me pagarais tal día
En tal lugar la suma, las sumas como estén
Fijadas en los términos, pongamos que el castigo
Se habrá de estipular en una libra exacta
De vuestra bella carne, que sería extraída
De la parte del cuerpo vuestro que yo prefiera.⁹

⁶ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 66.

⁷ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 69.

⁸ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 71,72.

⁹ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 76.

Este parece ser un punto de quiebre en la caracterización de Shylock como un sujeto típico de los rasgos de la economía monetaria. Acaso este requerimiento que hace a la obligación escape al entendimiento, a la inteligencia que implica la vida del dinero. Sin embargo, es posible verlo con Simmel como un elemento dentro de la patología de este avaro cuya personalidad carece de empatía y sentimiento y está, en efecto, entregada del todo a la vida económica objetiva, ya que encuentra “la paz del espíritu en la posesión del dinero”.¹⁰

De hecho, este gesto de poner al propio cuerpo de Antonio en el acuerdo, no es más que transformarlo a la objetividad de la “obligación”. Objetividad de equivalentes, donde todo es mensurable. Justamente, se trata de un pedazo del cuerpo que pese “una libra exacta”.

En la segunda escena del segundo acto aparece Lanzarote Gobbo, un empleado que sirve a Shylock. Dice estar famélico a su servicio y sentirse agraviado. No falta el antisemitismo en su desesperación por abandonarlo y pasar a trabajar para Basanio. Sin embargo, es otro momento en la que se da cuenta de la miserabilidad de Shylock. En este sentido, la escena que sigue muestra a Yésica, hija de Shylock, charlando con Lanzarote, apenada por su partida y avergonzada por el padre que tiene. Pretende casarse con Lorenzo (otro amigo de Antonio y Basanio) y convertirse al cristianismo. Para eso, le escribe una carta a Lorenzo, explicándole cómo “raptarla” de la casa del padre.

Entonces los amigos arman una cena en casa de Basanio, invitando a Shylock para que Yésica quede sola en su casa. Una vez más, queda demostrado cómo Shylock vuelve al dinero (medio por excelencia, como indica Simmel) en fin, y cómo este es el centro de su existencia: “(...) iré por odio, para comer a expensas del pródigo cristiano. (...) Algún mal se fermenta respecto a mi reposo, porque anoche soñé con bolsas de dinero.”¹¹

Usa al dinero como metáfora del mal augurio, no puede desprenderse de este ni en sueños. Simmel señala que “(...) el dinero, en su conjunto, se experimenta en su calidad de fin y, con ello, una gran cantidad de cosas que en realidad tienen el carácter de fines por sí mismas pasan a ser meros medios”.¹² Cuando el fin de la cena debería ser disfrutar de la comida, Shylock piensa en la cena como “mero medio” para, justamente, comiendo “a expensas de”, obtener, en algún sentido (ahorrándose lo que costaría la cena, quizás) más dinero.

En el “rapto” de Yésica pueden verse los dos elementos que se intentan contrastar en este trabajo. Por un lado, se intenta reflejar en Antonio y todo su grupo de amigos la posibilidad de cierto “alejamiento”

¹⁰ Simmel, G. *Filosofía del dinero*. Madrid: Capitán Swing. 2013. p. 383

¹¹ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 105

¹² Simmel, G. *op. Cit.* p. 511

de los modos de lo que Simmel llama economía monetaria. Es decir, personajes más cercanos a “esencias impulsivas (...), sentimentales de épocas pretéritas”, en contraste con Shylock, sujeto representante del “rasgo psicológico de la época, [con la] necesidad continua de operaciones matemáticas en la circulación económica cotidiana.”¹³

Como se decía, Lorenzo acude a lo más hondo de su personalidad, el sentirse enamorado y dice de Yésica:

Maldito sea yo si no la amo con mi alma;
Porque es sabia, si puedo juzgar yo acerca de ella,
Y es bella, si mis ojos son sinceros conmigo,
Y es sincera también, como lo ha demostrado,
Y por eso, como es sabia, bella y sincera,
Va a estar en mi constante corazón para siempre¹⁴

No hay allí cálculo ni medida típicos, según Simmel, de la época moderna. No hay, tampoco, inteligencia. Es decir, si bien hay un plan para sacar a Yésica del hogar paterno, lo que está jugando en esa acción es el sentimiento, la pasión que Lorenzo tiene por ella. Es otro de los eventos de la obra que puede vivirse como una aventura simmeliana. Un evento claramente delimitado, con cierto peligro en la huida, con un “salirse de sí de la vida” (recuérdese, por ejemplo, que Yésica sale de su casa travestida, “transformada en muchacho”).

En cambio, el que está bien lejos de la aventura es Shylock. Esta “forma de experimentar”, donde la vida entra en tensión, difícilmente sea vivida por el viejo prestamista. En su profesión usurera, meseta en la que deja pasar el tiempo para que el dinero, medio devenido en fin, en único sustento vital, se reproduzca. Es de esta manera que, a merced del dinero, deja ver su egoísmo cuando pone a su hija a la misma altura que sus ducados, diciendo, según Solanio:

¡Ay, mi hija! ¡Ay, mis ducados! ¡Mis ducados! ¡Ah, mi hija!
¡Ah, huir con un cristiano! ¡Mis ducados cristianos!
¡Ah, justicia! ¡La ley! ¡Mis ducados y mi hija!
¡Una bolsa sellada, dos bolsas de ducados,
Y de ducados dobles, que me ha robado mi hija!
¡También joyas, dos piedras, ricas piedras preciosas,

¹³ Simmel, G. *op. Cit.* p. 528

¹⁴ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 113

Que me ha robado mi hija! ¡Justicia! ¡Ay, encontradla!
¡Ella tiene las piedras encima, y los ducados!¹⁵

El personaje de Shylock emparenta, entonces, a su hija con su dinero. Sin un ápice de empatía, de humanidad, pone a Yésica en el marco de las equivalencias de la economía monetaria. La hace objeto, la despersonaliza. Con este acto egoísta, donde actúa solamente su propio interés, contribuye a quedarse solo, a un “individualismo social”, como Simmel lo llama.

Además de hacer alusión a su dinero y a su hija -hecha objeto-, Shylock clama por la Justicia, por la Ley. La ley se emparenta, según Simmel, con el dinero y la inteligencia, en tanto estos elementos tienen “accesibilidad y validez universales”. En este sentido, puede verse el clamor de Shylock en consonancia con su forma de vivir, tan apegado a la racionalidad de la vida moderna. Sin embargo, como se verá, la ley le jugará a este personaje una mala pasada.

Se ha mencionado a Porcia, la mujer de Belmonte pretendida por Basanio. Ella, dama rica de aquel lugar, es anhelada por muchos pretendientes. Estos, la “obtendrán” si aciertan, al presentarse en su casa, cuál es el cofre que posee el retrato de Porcia. Hay uno de oro, uno de plata y uno de plomo. Esta forma de elegir al hombre que se casará con ella la diseñó su padre antes de morir.

Hay en la dama una queja con respecto a la modalidad y puede verse en su imposibilidad de decidir sobre su propio destino una despersonalización y equivalencia que remite a los caracteres de la economía monetaria. Así como Yésica es objetivada por Shylock, también parece serlo Porcia por parte de su finado padre.

Los dos pretendientes (de Marruecos y de Aragón) que pasan antes que Basanio intentan argumentar su elección según por qué merecen “poseer” a Porcia. Hacen especulaciones sobre los tres tipos de metales, razonan, calculan. El de Marruecos elige el cofre de oro y el de Aragón el cofre de plata. Ambos erran y Porcia afirma: “¡Ah, necios razonando! Su elección suele ser tan sabia como para por su ingenio perder.”¹⁶ Así da cuenta de que la falencia de los pretendientes está en abusar de la “inteligencia” en detrimento del “instinto”.

Justamente es Basanio el pretendiente que llega de la mano del sentimiento. Alejado de las especulaciones racionales acerca de la elección, realiza una larga declamación, muy poética, y acierta. Acierta abriendo el cofre de “magro plomo”, que fue el desmerecido por los dos pretendientes anteriores.

¹⁵ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 121

¹⁶ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 128

Es que acaso el marroquí y el aragonés lo hayan despreciado por material menos valioso en su escala de equivalencias dinerarias. Pero Basanio se posiciona en otra “lógica”. Se expresa desde, como se dijo, la poesía, el gozo, afirmando “sólo mi sangre os habla (...)”¹⁷

Una vez más, se ve cómo este personaje, del grupo de amigos de Antonio, tiene un estilo de vida alejado de lo que Simmel describe como el típico del dinero. Se ve en actitudes caballerizas, más ligadas a una cuestión de sentimiento, que se percibe en el propio lirismo en que se expresa (a diferencia de Shylock cuyas intervenciones consisten, en buena medida, en arrojar cifras). Luego, utiliza esa misma forma poética para comentar el devenir de las aventuras de Antonio:

“Ah, dulce Porcia, Aquí hay unas palabras entre las más ingratas
Que alguna vez mancharan papel. Gentil señora,
Cuando al principio os hice saber mi por amor vos,
Libremente os conté que todas mis riquezas
Corrían por mis venas: he sido un caballero,
Y os dije la verdad; pero, amada señora,
Aun tasándome en nada, vais a ver de inmediato
Lo jactancioso que era. Cuando os decía entonces
Que era nada mi hacienda, debiera haberos dicho
Que soy peor que nada; porque efectivamente
Con un querido amigo yo me comprometí,
Para nutrir mis medios. Ved, señora, una carta,
El papel como el cuerpo de mi amigo, y aquí
Cada palabra mana como una herida abierta
La sangre de la vida. ¿Pero es verdad Salerio?
¿Todas sus aventuras fallaron? ¿Ningún triunfo?
¿De Trípoli, de México, siquiera de Inglaterra,
De Lisboa, de la India, tampoco Berbería?”¹⁸

Por un lado, este tono lírico confirma que Basanio, como sus amigos, habla desde sus entrañas, con el sentimiento a flor de piel, en algún punto romántico, lejano a la objetividad sin carácter, sin color, que Simmel atribuye a la vida moderna.

¹⁷ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 150

¹⁸ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 155

En este sentido, “el papel como el cuerpo de mi amigo”, por ejemplo, muestra cómo, en la jerarquía de Basanio, se pondera al amigo por sobre el dinero perdido. Es que, como también dice la cita, el dinero es para él un medio, y no un fin. Sus fines parecen estar presentes, asociados al sentimiento: a su amada, a sus compinches. Los medios (como el dinero) no se le vuelven fines.

Y por último, vuelve a nombrar a lo emprendido por su amigo Antonio como “aventuras”. Aventuras que, dependientes del azar en que se desenvuelven, pueden triunfar, pero también pueden naufragar.

En lo que concierne a Shylock, le llegan estas noticias de que a Antonio le ha ido mal con sus barcos, y que no podrá pagarle lo que adeuda. Es aquí cuando Shylock se obsesiona con la ley, con tener lo “obligado”, que es una libra de carne del cuerpo de Antonio. Entonces se reúnen en una corte de justicia veneciana para sentenciar qué sucederá con la deuda de Antonio para con Shylock.

Como se dijo, la ley a la que Shylock acude puede considerarse, según Simmel, como característica de la vida de la economía monetaria, en tanto igualadora. Así como la inteligencia y el dinero, no ve particularidades, se expresa en la universalidad. Es por ello que el personaje acude a ella, en consonancia con su forma de vida regida por la objetividad que el dinero otorga.

Siguiendo a Simmel, el rasgo positivo de la objetividad, de la cosificación, puede ser que se llegue a una mayor conciliación entre los sujetos. La racionalidad expandida de la vida moderna y el repliegue de la subjetividad en tanto sentimiento, puede devenir en mejores posibilidades para la comunidad. El problema es que esta igualdad formal se ha transformado en egoísmo e individualismo. Shylock es un sujeto cruel que lucha con fervor por el dinero como fin, sin pensar al otro como singularidad sino introduciéndolo en la cadena de equivalencias de la economía monetaria. Eso hace con su hija, que vale para él lo mismo o menos que sus ducados y lo mismo hace con Antonio, cuyo cuerpo pretende fragmentar, y pesar (como el dinero, que expresa lo fragmentado de la vida moderna).

Es buena, en este sentido, la descripción de Shylock que hace el Dux, especie de juez de la corte de Venecia. Esta muestra la miseria humana que puede producir la vida moderna de la que Simmel da cuenta:

“Lo lamento por tí. Vienes a responder
A un adversario pétreo, miserable inhumano
Incapaz de piedad, desprovisto y vacío
Del más infimo dracma de compasión”.¹⁹

¹⁹ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 175

Esa inhumanidad a la que el Dux hace referencia parece justificar, una vez más, la pertenencia del prestamista a la calaña más típica de la vida económica moderna.

Algo muy interesante sucede durante el juicio. Basanio, que también está en la corte, ofrece a Shylock muchos más ducados que lo que significaba el préstamo original (los consiguió a través de la rica Porcia). Sin embargo, y aquí está el elemento a señalar, es que el prestamista los rechaza. Quiere atenerse a la ley, a lo “obligado”. Entonces, no es tanto un acceso del sentimiento de odio hacia Antonio lo que juega aquí, sino el deseo de “justicia”, sin despegarse de lo que se pactó a la hora de realizarse el préstamo. Puede afirmarse que Shylock no se distancia de su estilo de vida donde priman el dinero, la racionalidad y la ley, representando, como se ha dicho, cierta “objetividad universal”.

Pero la propia complejidad de la vida moderna es la que hace, como indica Simmel, que la cultura objetiva, lo hecho, “cultivado”, por los sujetos, avance con más rapidez que la cultura subjetiva. Entonces los individuos pueden asirla de forma fragmentaria, pero no pueden agotarla. Y cuanto más separada está la cultura objetiva de las personas que la producen (algo que sucede en la modernidad, con la ampliación y complejización de los medios), más opresiva puede volverse.

Como producto cultural “objetivo” de Venecia, la ley parece volverse contra Shylock. Este se aferró a ella, pero se ve luego alienado respecto de la misma. El Dux frena la sesión para acudir a un erudito en leyes. Porcia y su dama de compañía se disfrazan de muchachas, y se hacen pasar por un abogado (Baltasar), y su asistente. Entonces el Dux veneciano le da la palabra a Baltasar (que ha venido recomendado por aquel erudito).

Porcia, disfrazada de Baltasar, entra, en algún sentido, en el juego de Shylock, en la lógica de equivalencias que Simmel le atribuye a la vida moderna. Es que al travestirse de muchacho y disfrazarse de abogado, pasa a cumplir un rol en la división del trabajo. No importa que sea Baltasar u otro, es el rol el que cuenta, en este caso el de prestigioso (aunque ficticio) doctor en leyes.

Baltasar (Porcia) intenta persuadir a Shylock para que tenga piedad con Antonio. Sin embargo, Shylock hace alusión a que la ley debe cumplirse, muy apegado a su lógica. Su posición es inquebrantable, incluso cuando Basanio ofrece multiplicar mucho más su ofrecimiento. Por su parte este último también sigue actuando en consonancia con los modos “alejados de la vida moderna” que, se ha venido retratando, muestra su grupo. Pide a Baltasar (vale aclarar: nadie sabe que se trata de Porcia disfrazada): “Someted hoy la ley a vuestra autoridad; Haced un mal pequeño para hacer un gran bien, y

frenad a este cruel demonio en su deseo.”²⁰ Es decir, busca romper con la lógica de Shylock, busca “humanizar” la ley representante de la supuesta objetividad universal moderna.

Pero Porcia, actriz de un papel imparcial, no acepta el pedido. Le solicita al prestamista piedad nuevamente. Y Shylock, mientras continúa afilando el cuchillo para sacarle una libra de carne a Antonio, se niega, aferrándose a la obligación firmada. Finalmente Baltasar (Porcia) dice que hay que atenerse a la ley, entonces todo se dispone para que Shylock corte una libra del cuerpo del mercader.

Sin embargo, como último recurso, Baltasar (Porcia), anuncia que la “obligación” dice que debe extraerse una libra de carne, pero no puede salir nada de sangre. Efectivamente, ante la desazón de Shylock, eso es lo que dice lo firmado. Si derrama un mínimo de sangre, se le confiscan al prestamista su tierra y sus bienes, y pasan a las arcas del estado veneciano. Entonces, resignado, Shylock retruca ahora que acepta como pena tres veces lo pactado. Asume que es imposible no derramar nada de sangre y que en ese escenario perdería económicamente (absolutamente todo), y acepta las anteriores propuestas de Basanio. Nunca se aleja el prestamista de la racionalidad, del cálculo.

Pero ahora es Baltasar (Porcia) quien que se aferra a la ley, para, como se ha explicado, jugarle una mala pasada a Shylock, volviéndole opresiva la ley a la que él tanto se aferraba. Baltasar (Porcia) esgrime:

“(…) Según lo han promulgado las leyes venecianas,
En caso de probarse contra algún extranjero
Que incurrió en tentativas directas o indirectas
De quitarle a cualquier ciudadano la vida,
La parte en cuya contra maquinó ha de incautarse
La mitad de sus bienes, mientras la otra mitad
Ha de ir para las arcas privadas del estado,
Y ha de quedar la vida del culpable a merced
Del dux únicamente sin más apelación (...)”²¹

El Dux le perdona la vida. Sin embargo, Shylock responde que prefiere la muerte antes que la desposesión de sus bienes y su tierra. Si ser perdonado implica perder su fortuna, no quiere serlo. Si le quitan los medios de vida, entonces le quitan la vida, dice. Pero si quitarle los medios es quitarle la vida, entonces está asumiendo que los medios *son* su vida. El personaje reafirma de este modo el desarrollo que se ha abonado aquí: este prestamista como paradigmático de la vida moderna descrita por Georg Simmel, donde los medios devienen fines y los propios fines quedan lejanos, perdidos de vista.

²⁰ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 188.

²¹ Shakespeare, W. *op. Cit.* p. 198.

Cuando Antonio es consultado sobre qué piedad concederle a Shylock, aquel es piadoso, y tiene una respuesta humana: que sólo la mitad de sus bienes se le confisquen, y que la otra mitad quede a disposición suya para dársela a Yésica y Lorenzo, recién cuando el prestamista muera. Además, exige que Shylock se convierta al cristianismo.

Entonces, si Shylock representa al individualismo egoísta de la modernidad, a la racionalidad del cálculo monetario, Antonio tiene una respuesta no sólo muy humana, sino también altruista. Por un lado, actúa desde el sentimiento, desde lo más profundo de sí, y por eso exige la conversión: acaso la religión sea lo más íntimo que tenga el espíritu humano. Además, actúa desde la solidaridad con los otros, y no con el cálculo y el individualismo típico de la economía monetaria (no pretende quedarse con los bienes él, sino darlos a la pareja).

Finalmente, en el quinto y último acto, todos los amigos se encuentran en Belmonte y aclaran lo sucedido en la corte veneciana. Si el dinero actúa a distancia, de forma despersonalizada e igualadora, dando autonomía, y separación, este grupo de amigos se contrapone a ese modo de vida. El momento del reencuentro, al final de la obra, muestra el afán por quebrar esa distancia y esa frialdad en el vínculo, para relacionarse de una forma más humana.

Gasto y producción, inmiscuidos

¿Es el viejo Shylock alguien que se arroja al gasto improductivo? Podemos inclinarnos categóricamente por la negativa. Se lo puede enmarcar en la parte homogénea de la sociedad, donde “la parte más apreciable de la vida se plantea”, según Georges Bataille, “como la condición –a veces incluso como la lamentable condición – de la actividad social productiva.”²²

Interesante rescatar el “lamentable” para referirnos al usurero, cuyo accionar en el texto shakespeariano se delata tan repulsivo como miserable y triste: “los representantes de la burguesía han adoptado un aspecto desdibujado: (...) aceptan convenciones deprimentes y signadas por el tedio”²³. Shylock, representante de la clase burguesa moderna, se caracteriza, como apunta el ensayista francés, por el odio al gasto.

Pero, el mercader y su grupo de amigos, ¿son, en tanto pertenecientes a la economía mercantil, parte de la homogeneidad social batailleana? Nos es lícito pensar que no: Antonio está mucho más abierto a un gasto improductivo, donde otros elementos se juegan. Al arrojar sus mercancías a correr suerte al

²² Bataille, G. *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. 2003. p. 111

²³ Bataille, G. *op. Cit.* p. 124.

océano, Antonio pone en juego la posibilidad de la pérdida. Puede objetárenos que busca más dinero, que de eso se trata su andar mercantil. Pues bien, respondemos que se aleja, por lo menos, de la racionalidad burguesa moderna que Shylock abraza con la usura, y, en todo caso, si su negocio es fructífero, encontrará algo de gloria en esa ganancia (gloria que la usura, que la *timba*, no regala al individuo).

Cuando Antonio deleita con su retórica lírica, también se aleja de la homogeneidad social donde cada individuo “vale por lo que produce”²⁴. Con su poesía existe para sí, es, entonces, más “humano” que Shylock y, también, más “otro” respecto de la homogeneidad social. “El término poesía (...) puede ser considerado como sinónimo de gasto: significa, en efecto, de la manera más precisa, creación por medio de la pérdida”.²⁵ Vuelve a aparecer la pérdida: se aleja del modo homogeneizador de la lengua para apelar a la poesía. Va en consonancia con alejarse del modo económico homogéneo, y arriesgar su fortuna en el mar.

Para Bataille lo heterogéneo social es lo que la homogeneidad social rechaza. Todo lo que tiene que ver con un erotismo sugestivo, la locura y los afectos. Lo que rompe con las leyes. Es heterogéneo, como se apuntó, Antonio, pero también Porcia, al vestirse de varón, y Basanio, en su enamoramiento desmesurado.

Y acá surge un interrogante ineludible, que rompería con la figura del avaro simmeliana, inherente a la economía monetaria: ¿no es también Shylock, alguien en algún punto heterogéneo? Lo mensurable, lo productivo, lo utilitario de la sociedad homogénea, ¿no se esfuma cuando en pos de esa ganancia se está dispuesto a cortarle un pedazo de la carne al moroso y atentando contra su vida, e incluso sacrificar la propia, prefiriendo la muerte antes que la disminución de los bienes?

Es probable que en ese gesto Shylock muestre “la violencia, la desmesura, el delirio, la locura”²⁶ propios de su persona, de su método usurario en el que se mueve. Aunque se puede ver que en el tiempo en que la obra transcurre es, quizás, moneda corriente que el acreedor sea castigado con un pedazo de su carne. Es más, cuando le indican que no puede salir sangre, él atiende a la ley.

Entonces, preferimos no ser aquí categóricos, y consideramos con Bataille que esa mensurabilidad de la sociedad homogénea es inescindible de la desmesura de los elementos heterogéneos, que muestran su

²⁴ Bataille, G. *op. Cit.* p. 139.

²⁵ Bataille, G. *op. Cit.* p. 117

²⁶ Bataille, G. *op. Cit.* p. 147.

doble cara: afectiva, romántica (el mercader) y abyecta (el prestamista). Shylock es, en este sentido, un gran ejemplo de ese pendular del individuo burgués en la sociedad moderna.

Territorio y flujos venecianos

La vida de Shylock está localizada en Venecia, casi inmutable, donde sólo muta el tiempo para la obtención del dinero. Es un “andar” (encomillamos porque nada allí “anda”, sino el interés y la codicia) estanco al que Deleuze describe como las “territorialidades habilitadas más miserables del mundo moderno, en tanto simulacros de los planes precedentes (...), sociedades artificiales instauradas por la perversión, en el conjunto familiar de las neurosis edípicas”²⁷.

Y si Shylock corresponde a la ley, al territorio, al hogar, al padre opresor de la “familia”, Yésica y su “rapto” (encomillamos, de nuevo, porque es voluntario, es ganas de salir) corresponden a la desterritorialización. Se pone en juego el deseo de la muchacha para salir disparada del hogar paterno en que se la oprime. Incluso la conversión al cristianismo es otra actitud en este sentido concomitante (bueno, podemos discutirla como forma de emancipación, pero es a las claras una impronta personal por seguir su deseo). Vemos el gesto deleuziano de la hija del prestamista ya que, al liberarse “pasa el muro, desemboca en los elementos moleculares y se convierte en verdad en lo que era desde el principio, puro proceso esquizofrénico de desterritorialización”²⁸.

Volviendo con nuestras analogías, si la lengua que se habla es la homogénea, la hegemónica, el territorio llano, conocido, con sus prédicas poéticas Antonio y los enamorados Basanio y Lorenzo, también siguen sus flujos de deseo desterritorializantes. Tómense para el caso las mercancías de Antonio fluyendo en las corrientes marítimas y al propio Basanio moviéndose a Belmonte para realizar la jugada de conquista, demostrando que el “deseo es siempre nómada y emigrante (...)”²⁹

La actuación de travestirse llevada a cabo por Porcia, ese disfraz, también es una forma de desterritorializar. Salirse de la posición de mujer y del consecuente rol en esa Venecia, y poder convertirse en abogado/a por un rato, y no para obtener rédito alguno, sino para salvar el pellejo de su amigo. Eso también es el sujeto deseante puesto a funcionar, escapándose de la monotonía.

²⁷ Deleuze, G. – Guattari, F.: “Introducción al esquizoanálisis” en *El Antiedipo*. Buenos Aires: Paidós. 1995. p. 291

²⁸ Deleuze, G. – Guattari, F. *op. Cit.* p. 291

²⁹ Deleuze, G. – Guattari, F. *op. Cit.* p. 302

Palabras finales

Se ha intentado, a lo largo de estas páginas, trazar un recorrido por *El mercader de Venecia* con los caracteres que propone Georg Simmel en su *Filosofía del dinero* para teorizar sobre la vida moderna en la economía monetaria, donde dominan el dinero y la inteligencia, en detrimento del sentimiento. Lo hicimos enfrentando al “villano”, el avaro Shylock, con el héroe de la obra, Antonio, y sus compinches. Además, nos propusimos reflexionar con los aportes de Georges Bataille en torno a lo que él denomina homogéneo y heterogéneo de lo social. Finalmente, intentamos asimilar las formas aventureras de los personajes de la obra de Shakespeare a cierta forma de desterritorialización donde es el deseo lo que prima, para lo que tomamos a Gilles Deleuze

La dicotomía que con Simmel parecía tan clara, con Bataille se fue desdibujando y agregándose matices al planteo, y la pequeña cuña deleuziana fue un humilde intento reivindicativo de esos avatares deseantes en una búsqueda de quiebre de la lógica estandarizada que caracteriza al accionar monetario. Y en este sentido se intentó leer la obra del autor inglés buscando iluminar –con la ayuda de los otros autores y sus conceptos considerados de importancia- zonas del texto que, nos parece, es interesante debatir hoy.

Estamos alejados en tiempo y espacio de la Venecia del siglo XVI, pero somos contemporáneos de un mundo social donde la economía monetaria e incluso los sentimientos parecen desarrollarse en buena medida en una virtualidad real³⁰ absoluta (desde homebanking hasta Tinder) que, a nuestro modo de ver, aporta a un achatamiento, homogeneización y empobrecimiento de las relaciones humanas. Tómese el presente trabajo, entonces, como un pequeño manifiesto de resistencia.

Bibliografía

Bataille, G. *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. 2003

Castells, Manuel. “La cultura de la virtualidad real” en *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza. 1997.

Deleuze, G. – Guattari, F.: “Introducción al esquizoanálisis” en *El Antiedipo*. Buenos Aires: Paidós. 1995

Shakespeare, W. *El mercader de Venecia*. Buenos Aires: Losada. 2005

Simmel, G. *Filosofía del dinero*. Madrid: Capitán Swing. 2013

Simmel, G. “La aventura”, en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona: Península. 1988

³⁰ Sin encomillar pero agradeciendo a Manuel Castells por su noción.